

gesto de cabeza le indiqué que atendiera a la señora, que se hiciera cargo. El chico asintió de inmediato, se paró de su asiento y acudió velozmente. Por los altoparlantes escuché el anuncio de la estación Callao, me abrí paso entre la gente y bajé del vagón.

Ya en el andén, permanecí hasta que el tren se convirtió en un punto de luz al fondo del túnel. El traqueteo se perdió como si la distancia se lo tragara. Caminé en dirección a los torniquetes y palpé mi antebrazo. Vi las gruesas marcas rojas que dejó la presión de los dedos rechonchos. Vi que esas marcas desaparecían poco a poco como si mi cuerpo las absorbiera o reclamara. De un color rojo intenso pasaron a una rosa voluble hasta difuminarse del todo y confundirse con mi epidermis.

El cosquilleo de mi piel enrojecida hizo que recordara nuevamente a Madama Sui: su cuerpo travieso y en venta, su opción por el placer y su ruina. Pero advertí que toda ella se desvanecía en mi mente, su imagen se me escapaba. No lograba concebirla y se convirtió de pronto en una mancha difusa, inatrapable.

Pasé por los torniquetes y salí a la superficie de la Avenida Corrientes a la altura de Callao. Mi destino era la librería *Gandhi*, adonde quería ir a pispear las novedades. Pero al pasar frente a los escaparates no quise entrar. La vidriera estaba repleta de libros sobre las últimas tribulaciones nacionales: los testimonios del ex vicepresidente Chacho Álvarez, las biografías de los candidatos Lilita Carrió y Adolfo Rodríguez Saá, y el libro de Jorge Lanata que, como muchos otros, pretende ofrecer una radiografía definitiva del ser argentino vapuleado por la crisis.

Seguí de largo. Al fondo de la avenida vi el obelisco de la 9 de Julio con total indiferencia –advertí que ya no era un turista en esta ciudad enorme–. Pasé por un quiosco donde un desocupado miraba la portada de una revista pornográfica. Pasé frente a un bar muy cutre donde las camareras atendían en bombacha y corpiño. Pasé frente al cartel de un ruinoso teatro donde se anunciaba una comedia erótica con Moria Casán. Y a lo largo del camino vi a mujeres y niños buscar objetos entre las bolsas de basura y cargar con ellos en sus carromatos de *cirujas* ambulantes. «Corrientes no es lo que era antes», dicen los que conocieron su época espléndida. Pero a mí me tocó un Buenos Aires estremecido por los cartoneros y las aceras rotas, la devaluación y las ancianas miserables.

A pesar de todo este deterioro, mucha vitalidad sigue en pie y no da tregua. Es común escuchar que el teatro vive uno de sus mejores momentos, y que el cine no tiene nada que envidiar a las mejores producciones internacionales. La gente parece haber recobrado una actitud más participativa, y se mantiene despierta la creatividad de los ciudadanos para enfrentar sus exiguas economías. Pero entre todos estos síntomas vivificantes, hay uno

que me parece aún más fundamental, a pesar de ser menos visible: la presencia del deseo, y su rostro sublime: el erotismo. Ambos, incombustibles, reproducen auténticas formas de esperanza.

Sigo mi camino, y sin detenerme abro mi mochila, saco la novela de Augusto Roa Bastos, y continúo con *Madama Sui* entre mis manos. ¡Ah, *Madama Sui!*, empolvando su cuerpo con talcos perfumados, bailando desnuda a orillas del río...



Marlene Dietrich



Olivia de Havilland